

Un nuevo saber. Los estudios de mujeres  
Marysa Navarro y Catharine R. Stimpson (compiladoras)

- I. ¿Qué son los estudios de mujeres?
- II. Sexualidad, género y roles sexuales
- III. Cambios sociales, económicos y culturales
- IV. Nuevas direcciones

Marysa Navarro enseña Historia de América Latina en Dartmouth College, donde ha sido decana asociada de Ciencias Sociales y es Charles Collis Professor of History.

Catharine R. Stimpson es editora fundadora de *Signs: Journal of Women in Culture and Society*. Ha participado en los estudios de mujeres y de género desde los años sesenta. En 1990 fue elegida presidenta de la Modern Language Association. En la actualidad es University Professor y decana de estudios graduados en New York University.

UN NUEVO SABER  
LOS ESTUDIOS DE MUJERES

# Sexualidad, género y roles sexuales

MARYSA NAVARRO  
CATHARINE R. STIMPSON  
COMPILADORAS



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - COLOMBIA - CHILE - ESPAÑA  
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - PERÚ - VENEZUELA

Primera edición en español, 1999

*Sexualidad, género y roles sexuales*

Este libro ha sido patrocinado por el Comité LASA / Ford - Estudios de Género  
en las Américas

D. R. © 1999, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S. A.  
El Salvador 5665; 1414 Buenos Aires  
Av. Picacho Ajusco 227; 14200 México D. F.

ISBN: 950-557-339-1

IMPRESO EN ARGENTINA  
Hecho el depósito que previene la ley 11.723

## El género: una categoría útil para el análisis histórico\*

Joan W. Scott

*Género*: s. Término estrictamente gramatical. Hablar de personas o criaturas del género masculino o femenino, en el sentido del sexo masculino o femenino, es una jocosidad (permisible o no según el contexto) o una equivocación.

FOWLER, *Dictionary of Modern English Usage*,  
Oxford, 1940

Aquellas personas que quieran codificar los significados de las palabras libran una batalla perdida de antemano, porque las palabras, como las ideas y las cosas que ellas significan, tienen historia. Ni los profesores de Oxford ni la Academia Francesa han podido contener la marea para capturar y fijar los significados libres propios del juego de la invención y la imaginación humanas. Mary

\* Título original en inglés: "Gender: a Useful Category of Historical Analysis". Traducción de Marysa Navarro.

Este ensayo fue preparado en una primera instancia para su presentación en la reunión de la American Historical Association, en Nueva York, el 27 de diciembre de 1985. Fue publicado en su forma presente en la *American Historical Review*, vol. 91, núm. 5 (diciembre 1986). Discusiones con Denise Riley, Janice Doane, Jasmine Ergas, Anne Norton y Harriet Whitehead me ayudaron a formular mis ideas sobre varios temas analizados en este trabajo. La versión final se benefició con los comentarios de Ira Katznelson, Charles Tilly y Louise A. Tilly, de Elisabetta Galeotti, Rayna Rapp, Christine Stansell y Joan Vincent. También agradezco la edición extremadamente cuidada de la AHR a cargo de Allyn Roberts y David Ransell.

Wortley Montagu agregó mordacidad a su ingeniosa denuncia *del bello sexo* mediante el uso impropio pero deliberado de la referencia gramatical (“mi único consuelo por pertenecer a este género ha sido la seguridad de que no me casaría nunca con ninguno de ellos”).<sup>1</sup> A través del tiempo, la gente ha hecho alusiones figurativas para evocar rasgos del carácter o la sexualidad, usando términos gramaticales. Por ejemplo, el *Dictionnaire de la langue française*, de 1876, ofrecía el siguiente uso: “*On ne sait de quel genre il est, s’il est mâle ou femelle, se dit d’un homme très-caché, dont on ne connaît pas les sentiments*”.<sup>2</sup> Y Gladstone hacía esta distinción en 1878: “Atenea nada tiene de sexo, excepto el género, y nada de mujer excepto la forma”.<sup>3</sup> Más recientemente —demasiado recientemente para encontrar su sitio en los diccionarios o en la *Encyclopedia of the Social Sciences*— las feministas, de una forma más literal y seria, han comenzado a usar “género” como una forma de referirse a la organización social de las relaciones entre los sexos. La conexión con la gramática es explícita y está llena de posibilidades inexploradas. Explícita porque el uso gramatical comprende reglas formales que son consecuencia de la designación masculina o femenina; llena de posibilidades inexploradas porque en muchos lenguajes indoeuropeos existe una tercera categoría: asexuada o neutra. En gramática, el género se entiende como una forma de clasificar fenómenos, un sistema de distinciones socialmente acordadas, más que como una descripción objetiva de rasgos inherentes. Además, las clasificaciones sugieren una relación entre categorías que posibilitan distinciones o agrupamientos separados.

En su acepción más reciente, “género” parece haber aparecido primeramente entre las feministas norteamericanas que deseaban insistir en la cualidad fundamentalmente social de las distinciones basadas en el sexo. La palabra denotaba rechazo al determinismo biológico implícito en el empleo de términos tales como “sexo” o

<sup>1</sup> *Oxford English Dictionary* (ed. 1961), vol. 4.

<sup>2</sup> E. Littré, *Dictionnaire de la langue française* (París, 1876).

<sup>3</sup> Raymond Williams, *Keywords* (Nueva York: Oxford University Press, 1983): 285.

“diferencia sexual”. “Género” también resaltaba los aspectos relacionales de las definiciones normativas de la feminidad. Quienes estaban preocupadas porque los estudios de mujeres tenían un enfoque demasiado estrecho y separaban a las mujeres utilizaron “género” para introducir una noción relacional en nuestro vocabulario analítico. Desde este punto de vista, tanto los hombres como las mujeres son definidos uno en relación con el otro y no se podría entender a ninguno de los dos con estudios completamente separados. Así, Natalie Davis sugería en 1975:

Me parece que deberíamos interesarnos tanto en la historia de las mujeres como en la de los hombres, que no deberíamos trabajar solamente sobre el sexo oprimido, del mismo modo que un historiador que trabaja desde una perspectiva de clase no puede centrarse por entero en los campesinos. Nuestro propósito es comprender el significado de los sexos, de los grupos de género, en el pasado histórico. Nuestro propósito es descubrir el alcance de los roles sexuales y del simbolismo sexual en las diferentes sociedades y períodos, para encontrar qué significado tuvieron y cómo funcionaron para mantener el orden social o para promover su cambio.<sup>4</sup>

Además, y quizá sea lo más importante, “género” fue un término propuesto por quienes afirmaban que el saber de las mujeres transformaría fundamentalmente los paradigmas de la disciplina. Las estudiosas feministas pronto indicaron que el estudio de las mujeres no sólo aportaría temas nuevos, sino que también obligaría a una reconsideración crítica de las premisas y normas de la producción académica.

Estamos aprendiendo —escribieron tres historiadoras feministas— que el escribir a las mujeres en la historia implica necesariamente la redefinición y ampliación de nociones tradicionales de significado histórico, de modo que abarquen tanto la experiencia personal y subjetiva como las actividades públicas y políticas. No es demasiado sugerir que, por muy titubeantes que sean los comien-

<sup>4</sup> Natalie Zemon Davis, “Women’s History in Transition: The European Case”, en: *Feminist Studies* 3 (invierno de 1975-1976): 90.

zos reales, una metodología como ésta implica no sólo una nueva historia de las mujeres, sino también una nueva historia.<sup>5</sup>

La forma en que esta nueva historia incluiría y daría cuenta de la experiencia de las mujeres dependía de la amplitud con que pudiera desarrollarse el género como categoría de análisis. Aquí las analogías con las clases (y las razas) eran explícitas; claro está que las especialistas en los estudios de mujeres con intereses políticos más amplios invocaban regularmente las tres categorías como cruciales para poder escribir una nueva historia.<sup>6</sup> El interés por las clases sociales, la raza y el género apuntaba, en primer lugar, al compromiso de la estudiosa con una historia que incluía las circunstancias de la gente oprimida y un análisis del significado y de la naturaleza de su opresión y, en segundo lugar, a entender que las desigualdades de poder están organizadas por lo menos sobre tres ejes.

La letanía de clase, raza y género sugiere paridad entre esos términos, pero de hecho ése no es en absoluto el caso. Mientras que *clase* se apoya por lo general en la teoría elaborada por Marx y, a posteriori, sobre la determinación económica y el cambio histórico, la *raza* y el *género* no tienen estas connotaciones. No existe unanimidad entre quienes usan conceptos de clase. Algunos estudiosos emplean conceptos weberianos, otros usan la *clase* como recurso heurístico temporario. No obstante, cuando invocamos la clase, trabajamos con o contra un conjunto de definiciones que, en el caso del marxismo, implican una idea de causalidad económica y una visión del camino a lo largo del cual se ha movido dialécticamente la historia. Esa claridad o coherencia no existe en los casos de raza o género. En el caso del género, el uso ha implicado un conjunto de posiciones teóricas y también meras referencias descriptivas a las relaciones entre los sexos.

<sup>5</sup> Ann D. Gordon, Mari Jo Buhle y Nancy Shrom Dye, "The Problem of Women's History", en: Berenice Carroll (ed.), *Liberating Women's History* (Urbana: University of Illinois Press, 1976): 89.

<sup>6</sup> El ejemplo mejor y más sutil es el de Joan Kelly, "The Doubled Vision of Feminist Theory", en su *Women, History and Theory* (Chicago: University of Chicago Press, 1984): 51-64, esp. 61.

Aunque las historiadoras feministas están preparadas para sentirse más cómodas con la descripción que con la teoría, como la mayor parte de los historiadores, han buscado formulaciones teóricas de posible aplicación. Lo han hecho, por lo menos, por dos razones. Primero, la proliferación de estudios concretos (*case studies*) en la historia de mujeres parece hacer necesaria alguna perspectiva de síntesis que pueda explicar las continuidades y discontinuidades y las desigualdades persistentes, así como las experiencias sociales radicalmente diferentes. Segundo, la discrepancia entre la alta calidad de la producción reciente en la historia de las mujeres y la persistencia de su *status* marginal en el conjunto de este campo (tal como puede medirse en los libros de texto, planes de estudios y trabajos monográficos) indica los límites de los enfoques descriptivos que no se dirijan a conceptos dominantes de la disciplina, o al menos que no se dirijan a esos conceptos en términos que puedan debilitar su validez y quizás transformarlos. No ha sido suficiente que las historiadoras de mujeres probaran que éstas tenían una historia o que participaron en las conmociones políticas más importantes de la civilización occidental. En el caso de la historia de las mujeres, la respuesta de la mayor parte de los historiadores no feministas ha sido el reconocimiento de su existencia y luego la marginación o el rechazo ("las mujeres han tenido una historia aparte de la de los hombres; en consecuencia, dejemos que las feministas hagan la historia de mujeres que no tiene por qué interesarnos"; o "la historia de mujeres tiene que ver con el sexo y con la familia y debería hacerse al margen de la historia política y económica"). En cuanto a la participación de las mujeres, en el mejor de los casos la respuesta ha sido un mínimo interés ("mi comprensión de la Revolución Francesa no cambia porque sepa que las mujeres participaron en ella"). El desafío que plantean esas respuestas es, en definitiva, de carácter teórico. Requiere el análisis no sólo de la relación entre experiencia masculina y femenina en el pasado, sino también de la conexión entre la Historia pasada y la práctica histórica actual. ¿Cómo actúa el género en las relaciones sociales humanas? ¿Cómo da significado el género a la organización y percepción del conocimiento histórico? Las respuestas dependen del género como categoría analítica.

## I

En su mayor parte, los intentos de las historiadoras de teorizar sobre el género han permanecido dentro de los sistemas científicos sociales tradicionales, empleando formulaciones tradicionales que proporcionan explicaciones causales universales. Esas teorías han sido limitadas, en el mejor de los casos, porque tienden a incluir generalizaciones reductivas o demasiado simples que socavan no sólo el sentido de la complejidad de la causalidad social que tiene la historia como disciplina, sino también del compromiso feminista con un análisis que lleve al cambio. Una revisión de estas teorías pondrá de manifiesto sus límites y hará posible proponer un enfoque alternativo.

Los enfoques que utilizan la mayor parte de los historiadores pertenecen a dos categorías distintas. La primera es esencialmente descriptiva, esto es, se refiere a la existencia de fenómenos o realidades, sin interpretación, explicación o atribución de causalidad. El segundo tratamiento es causal; teoriza sobre la naturaleza de los fenómenos o realidades, buscando comprender cómo y por qué adoptan la forma que tienen.

En su acepción reciente más simple, *género* es sinónimo de *mujeres*. En los últimos años, cierto número de libros y artículos cuya materia es la historia de las mujeres sustituyeron en sus títulos *mujeres* por *género*. En algunos casos, esta acepción, aunque referida vagamente a ciertos conceptos analíticos, en realidad se remite a la aceptación política del campo de estudio. En esos casos, el uso de *género* busca subrayar la seriedad académica de una obra, porque *género* suena más neutral y objetivo que *mujeres*. *Género* parece ajustarse a la terminología científica de las ciencias sociales, separándose así de la (supuestamente estridente) política de las feministas. En esta acepción, el *género* no comporta una declaración necesaria de desigualdad o de poder, ni nombra al grupo oprimido (hasta entonces invisible). Mientras que *historia de mujeres* proclama su posición política al afirmar que las mujeres son sujetos históricos válidos (contrariamente a la práctica habitual), *género* incluye a las mujeres sin nombrarlas y así parece no plantear amenazas críticas. Este uso de *género* es una faceta de lo que

podría llamarse la búsqueda de la legitimidad académica por parte de las estudiosas feministas en la década de 1980.

Pero solamente una faceta. *Género*, como sustituto de *mujeres*, se emplea también para sugerir que la información sobre las mujeres es necesariamente información sobre los hombres, que un estudio implica el otro. Este uso insiste en que el mundo de las mujeres es parte del mundo de los hombres, creado en él y por él. Este uso rechaza la utilidad interpretativa de la idea de las esferas separadas, manteniendo que el estudio de las mujeres por separado perpetúa la ficción de que una esfera, la experiencia de un sexo, tiene poco o nada que ver con la otra. Además, *género se emplea también para designar las relaciones sociales entre sexos. Su uso explícito rechaza las explicaciones biológicas, como las que encuentran un denominador común para diversas formas de subordinación femenina en que las mujeres tienen capacidad para parir y que los hombres tienen mayor fuerza muscular. En su lugar, género pasa a ser una forma de denotar las construcciones culturales, la creación totalmente social de ideas sobre los roles apropiados para mujeres y hombres. Es una forma de referirse a los orígenes exclusivamente sociales de las identidades subjetivas de hombres y mujeres. Según esta definición, género es una categoría social impuesta sobre un cuerpo sexuado.*<sup>7</sup> *Género* parece haberse convertido en una palabra particularmente útil a medida que los estudios sobre el sexo y la sexualidad han proliferado, porque ofrece un modo de diferenciar la práctica sexual de los roles sociales asignados a mujeres y hombres. Si bien los estudiosos reconocen la conexión entre sexo y lo que los sociólogos de la familia han llamado *roles sexuales*, no dan por sentado que el nexo es sencillo y directo. El uso de *género* pone de relieve un sistema total de relaciones que puede incluir el sexo,

<sup>7</sup> Para una discusión sobre el uso del género para subrayar los aspectos sociales de la diferencia sexual, véase Moira Gatens, "A Critique of the Sex/Gender Distinction", en: J. Allen y P. Patton (eds.), *Beyond Marxism: Interventions after Marx* (Leichhardt, N.S.W.: Intervention Publications, 1985): 143-160. Estoy de acuerdo con su idea de que la distinción sexo/género concede autonomía, determinación transparente al cuerpo, ignorando el hecho de que lo que sabemos sobre el cuerpo es un conocimiento producido culturalmente.

pero no está directamente determinado por él y no es un determinante directo de la sexualidad.

Esos usos descriptivos del género han sido empleados a menudo por historiadores para delinear un nuevo campo. Así cuando los historiadores sociales empezaron a estudiar nuevas temáticas, el género se reveló útil para temas como las mujeres, los niños, las familias y las ideologías de género. En otras palabras, este uso del género se refiere solamente a aquellas áreas —tanto estructurales como ideológicas— que comprenden relaciones entre los sexos. Ya que en un primer momento la guerra, la diplomacia y la alta política no han tenido que ver explícitamente con estas relaciones, el género no parece tener aplicación en esos temas y por lo tanto continúa siendo irrelevante para el pensamiento de historiadores interesados en temas de política y de poder. El resultado es que se favorece cierto enfoque funcionalista con raíces en la biología y se perpetúa la idea de las esferas separadas (sexo o política, familia o nación, mujeres u hombres) en la historia. Aunque en este caso el género afirma que las relaciones entre los sexos son sociales, no dice nada acerca de por qué esas relaciones están construidas como lo están, cómo funcionan o cómo cambian. En su uso descriptivo, por lo tanto, género es un concepto asociado con el estudio de las cosas relativas a las mujeres. El género es un tema nuevo, un nuevo departamento de investigación histórica, pero carece de la capacidad analítica para enfrentar (y cambiar) los paradigmas históricos existentes.

Desde luego, algunas historiadoras se dieron cuenta de este problema y de ahí los esfuerzos por utilizar teorías que pudieran explicar el concepto de género e interpretar el cambio histórico. En realidad el desafío estaba en reconciliar la teoría, formulada en términos generales o universales, y la historia, comprometida con el estudio de la especificidad contextual y el cambio fundamental. El resultado ha sido extremadamente ecléctico: apropiaciones parciales que viciaron la capacidad analítica de una teoría particular o, lo que es peor, el empleo de sus preceptos sin conciencia de sus implicaciones; o bien explicaciones de cambio que, por estar encajadas en teorías universales, ilustraban sólo temas inmutables; o estudios maravillosamente imaginativos en los que

la teoría está tan oculta que impide que puedan servir de modelo para otras investigaciones. Dado que con frecuencia no se han extraído todas las implicaciones de las teorías que las historiadoras han bosquejado, parece que vale la pena invertir algún tiempo en hacerlo. Sólo a través de un ejercicio así podemos evaluar la utilidad de esas teorías y, quizá, enunciar una aproximación teórica más poderosa.

Las historiadoras feministas han empleado varios enfoques para el análisis del género, pero pueden reducirse a tres posiciones teóricas.<sup>8</sup> La primera, un esfuerzo totalmente feminista, intenta explicar los orígenes del patriarcado. La segunda se centra en la tradición marxista y busca en ella un compromiso con las críticas feministas. La tercera, compartida fundamentalmente por los postestructuralistas franceses y los teóricos angloamericanos de las relaciones objetales, se basa en estas distintas escuelas psicoanalíticas para explicar la producción y reproducción de la identidad genérica del sujeto.

Las teóricas del patriarcado han dirigido su atención a la subordinación de las mujeres y han encontrado su explicación en la *necesidad* del varón de dominar a la mujer. Mary O'Brien, en la ingeniosa adaptación que hizo de Hegel, ha definido esta dominación del varón como el efecto del deseo de los hombres de trascender su alienación de los medios de reproducción de la especie. El principio de continuidad generacional restaura la primacía de la paternidad y oscurece tanto la función verdadera como la realidad social del trabajo de las mujeres en el parto. La fuente de la liberación de las mujeres reside en "una comprensión adecuada del proceso de reproducción", la apreciación de la contradicción entre la naturaleza de la función reproductora de las mujeres y la mistificación ideológica (que el varón hace) de la misma.<sup>9</sup> Para Shulamith Firestone, la reproducción era también

<sup>8</sup> Para un enfoque algo distinto del análisis feminista, véase Linda J. Nicholson, *Gender and History: The Limits of Social Theory in the Age of the Family* (Nueva York: Columbia University Press, 1986).

<sup>9</sup> Mary O'Brien, *The Politics of Reproduction* (Londres: Routledge y Kegan Paul, 1981): 8-15, 46.

la "trampa amarga" de las mujeres. Sin embargo, según su análisis más materialista, la liberación se alcanzaría con transformaciones en la tecnología de la reproducción, que en un futuro no demasiado lejano podría eliminar la necesidad de los cuerpos de las mujeres como agentes reproductores de la especie.<sup>10</sup>

Si la reproducción era la clave del patriarcado para algunas, para otras la respuesta estaba en la sexualidad. Las atrevidas formulaciones de Catharine MacKinnon eran a la vez suyas y características de una determinada perspectiva.

La sexualidad es al feminismo lo que el trabajo al marxismo: lo que nos es más propio, pero se nos quita más. [...] La objetivación sexual es el proceso primario de la sujeción de las mujeres. Asocia acto con palabra, construcción con expresión, percepción con imposición, mito con realidad. El hombre toma a la mujer: sujeto, verbo, objeto.<sup>11</sup>

Continuando con su analogía, en lugar del materialismo dialéctico de Marx, MacKinnon proponía la concientización (aquella de los grupos feministas de concientización) como el método de análisis feminista. Al expresar la experiencia compartida de la objetivación, razonaba, las mujeres llegan a comprender su identidad común y, por consiguiente, entran en la acción política. Aunque para MacKinnon las relaciones sexuales así entendidas son sociales, sólo la desigualdad inherente a las relaciones sexuales puede explicar por qué el sistema de poder opera como lo hace. La causa de las relaciones desiguales entre los sexos son, en definitiva, las relaciones desiguales entre los sexos. Aunque se diga que la desigualdad de la cual la sexualidad es la fuente está englobada en un "sistema total de relaciones sociales" no se explica cómo funciona este sistema.<sup>12</sup>

<sup>10</sup> Shulamith Firestone, *The Dialectic of Sex* (Nueva York: Bantam Books, 1970). La expresión "trampa amarga" es de O'Brien, *The Politics of Reproduction*, ob. cit.: 8.

<sup>11</sup> Catharine MacKinnon, "Feminism, Marxism, Method, and the State: An Agenda for Theory", en: *Signs* 7 (primavera de 1982): 515, 541.

<sup>12</sup> *Ibid.*: 541, 543.

Las teóricas del patriarcado se han enfrentado con la desigualdad de varones y mujeres en temas importantes, pero estas teorías presentan problemas para los historiadores y las historiadoras. En primer lugar, si bien ofrecen un análisis desde el propio sistema de géneros, afirman también la primacía de ese sistema en toda organización social. Pero las teorías del patriarcado no demuestran cómo la desigualdad de géneros estructura las otras desigualdades o, en realidad, cómo afecta el género a aquellas áreas de la vida que no parecen conectadas con él. En segundo lugar, si la dominación procede de la forma de apropiación por parte del varón de la labor reproductora de la mujer o de la objetivación sexual de las mujeres por los hombres, el análisis descansa en una diferencia física. Cualquier diferencia física comporta un aspecto universal e inmutable, incluso si las teóricas del patriarcado tienen en cuenta la existencia de formas y sistemas variables de desigualdad de género.<sup>13</sup> Una teoría que se apoya en una única variable de diferencia física plantea problemas para las historiadoras: da por sentado un significado consistente o inherente para el cuerpo humano —al margen de la construcción social o cultural— y esto lleva a la ahistoricidad del género. En cierto sentido, la historia se convierte en un epifenómeno, que proporciona variaciones continuas al tema inmutable de la desigualdad permanente del género.

Las feministas marxistas tienen una perspectiva más histórica, guiadas como están por una teoría de la historia. Pero cualesquiera sean las variaciones y adaptaciones, la exigencia autoimpuesta de que debe haber una explicación *material* para el género ha limitado, o al menos retardado, el desarrollo de nuevas líneas de análisis. Si por un lado se plantea una solución del tipo de los sistemas duales (que afirma que los dominios del capitalismo y el patriarcado están separados pero interactúan) o se desarrolla un análisis más firmemente basado en la discusión marxista ortodoxa de modos de producción, la explicación de los orígenes y cambios

<sup>13</sup> Para una discusión interesante de la utilidad y de los límites del término "patriarcado", véase el intercambio entre las historiadoras Sheila Rowbotham, Sally Alexander y Barbara Taylor, en Raphael Samuel (eds.), *People's History and Socialist Theory* (Londres: Routledge y Kegan Paul, 1981): 363-373.



en los sistemas de género está al margen de la división sexual del trabajo. Al final de cuentas, las familias, los hogares y la sexualidad son todos productos de modos de producción cambiantes. Así es como concluía Engels sus exploraciones sobre los *El origen de la familia...*,<sup>14</sup> y lo mismo sucede en último término con el análisis de la economista Heidi Hartmann. Ella insiste en la importancia de considerar el patriarcado y el capitalismo como sistemas separados pero que interactúan. Sin embargo, su razonamiento revela que la causalidad económica tiene prioridad y que el patriarcado siempre se desarrolla y cambia en función de las relaciones de producción.<sup>15</sup>

Las primeras discusiones entre feministas marxistas giraron en torno al mismo conjunto de problemas: el rechazo del esencialismo de quienes argumentaran que las *exigencias de la reproducción biológica* determinan la división sexual del trabajo bajo el capitalismo; la futilidad de incluir los *modos de reproducción* en las discusiones sobre los modos de producción (sigue siendo una categoría por oposición y no asume un *status* análogo al de los modos de producción); el reconocimiento de que los sistemas económicos no determinan directamente las relaciones de género y que en realidad la subordinación de las mujeres precede al capitalismo y subsiste en el socialismo; y, a pesar de los pesares, la búsqueda de una explicación materialista que excluya las diferencias físicas.<sup>16</sup> El ensayo de Joan Kelly “La doble visión de la

<sup>14</sup> Frederick Engels, *The Origin of the Family, Private Property, and the State* (1884; edición de Nueva York: International Publishers, 1972).

<sup>15</sup> Heidi Hartmann, “Capitalism, Patriarchy, and Job Segregation by Sex”, en: *Signs* 1 (primavera 1976): 168. Véase también: “The Unhappy Marriage of Marxism and Feminism: Towards a More Progressive Union”, en: *Capital and Class* 8 (verano de 1979): 1-53; “The Family as the Locus of Gender Class, and Political Struggle: The Example of Housework”, en: *Signs* 6 (primavera 1981): 366-394.

<sup>16</sup> Para discusiones sobre feminismo marxista, véase Zillah Eisenstein, *Capitalist Patriarchy and the Case for Socialist Feminism* (Nueva York: Longman, 1981); A. Kuhn, “Structures of Patriarchy and Capital in the Family”, en: A. Kuhn y A. Wolpe (eds.), *Feminism and Materialism: Women and Modes of Production* (Londres: Routledge y Kegan Paul, 1978); Rosalind Coward, *Patriarchal Precedents* (Londres: Routledge y Kegan Paul, 1983); Hilda Scott, *Does Socialism*

teoría feminista” representó un esfuerzo importante para quebrar ese círculo de problemas. Kelly planteó que los sistemas económicos y de género interactúan para producir experiencias sociales e históricas; que ninguno de los dos sistemas es causal, pero que ambos “operan simultáneamente para reproducir las estructuras socioeconómicas y de dominación masculina de [...] [un] orden social particular”. La sugerencia de Kelly en el sentido de que los sistemas de género tienen una existencia independiente proporcionó una apertura conceptual crucial, pero su compromiso de permanecer dentro de un entramado marxista la llevó a acentuar el rol causal de los factores económicos incluso en la determinación del sistema de género: “La relación entre los sexos actúa de acuerdo con y a través de las estructuras socioeconómicas, como también las relaciones sexo/género”.<sup>17</sup> Kelly introdujo la idea de una “realidad social de base sexual”, pero tendió a recalcar la naturaleza social de esa realidad más que la sexual y, con frecuencia, “lo social”, tal como ella lo usaba, estaba concebido en términos de relaciones económicas de producción.

*Powers of Desire...*, un volumen de ensayos publicado en 1983, es la exploración de mayor alcance sobre sexualidad por parte de las feministas marxistas norteamericanas.<sup>18</sup> Bajo la influencia de la creciente atención a la sexualidad entre activistas políticas y estudiosas de la insistencia del filósofo francés Michel Foucault en que la sexualidad se produce en contextos históricos, y convencidas de que la “revolución sexual” requería análisis serios, las autoras hacen de la “política sexual” el centro de su indagación. Al

*Liberate Women? Experiences from Eastern Europe* (Boston: Beacon Press, 1974); Jane Humphries, “Working Class Family, Women’s Liberation and Class Struggle: The Case of Nineteenth-Century British History”, en: *Review of Radical Political Economics* 9 (1977): 5-41; Jane Humphries, “Class Struggle and the Persistence of the Working Class Family”, en: *Cambridge Journal of Economics* 1 (1971): 241-258; y véase el debate sobre el trabajo de Humphries en: *Review of Radical Political Economics* 12 (1980): 76-94.

<sup>17</sup> Kelly, “Doubled Vision of Feminist Theory”, ob. cit.: 64.

<sup>18</sup> Ann Snitow, Christine Stansell y Sharon Thompson (eds.), *Powers of Desire: The Politics of Sexuality* (Nueva York: Monthly Review Press, 1983).

hacerlo plantean la cuestión de la causalidad y presentan soluciones diversas al problema; en realidad, lo más apasionante de esa obra es la falta de unanimidad analítica, su sentido de tensión analítica. Si bien individualmente las autoras tienden a resaltar la causalidad de los contextos sociales (que generalmente quiere decir *económicos*), incluyen sin embargo sugerencias acerca de la importancia de estudiar la “estructuración psíquica de la identidad de género”. Si en ocasiones se dice que la *ideología de género* a veces *refleja* estructuras económicas y sociales, hay también un reconocimiento crucial de la necesidad de comprender el complejo “vínculo entre la sociedad y la estructura psíquica permanente”.<sup>19</sup> Por un lado, las editoras respaldan la propuesta de Jessica Benjamin de que la política debe prestar atención a “los componentes eróticos y fantásticos de la vida humana”, pero, por otro, ningún ensayo, con excepción del de Benjamin, discute de frente o con seriedad las consecuencias teóricas que plantea.<sup>20</sup> En su lugar, a lo largo del volumen está vigente el supuesto tácito de que el marxismo puede expandirse para acoger debates de ideología, cultura y psicología, y que esta expansión tendrá lugar a través del tipo de estudio concreto de la evidencia presentada en la mayor parte de los artículos. La ventaja de un planteamiento como éste reside en que evita diferencias marcadas de posición y la desventaja es que deja intacta una teoría ya completamente articulada que va de las relaciones entre los sexos a relaciones de producción.

La comparación de los esfuerzos marxistas feministas norteamericanos, exploratorios y relativamente amplios, con los ingleses, más ligados a una política de tradición marxista fuerte y viable, revela que las inglesas han tenido mayores dificultades para desafiarse las restricciones de explicaciones estrictamente deterministas. Esta dificultad puede apreciarse de forma dramática en los recientes debates aparecidos en *New Left Review* entre Michèle

<sup>19</sup> Ellen Ross y Rayna Rapp, “Sex and Society: A Research Note From Social History and Anthropology”, en: *Powers of Desire...*, ob. cit.: 53.

<sup>20</sup> “Introduction”, *Powers of Desire...*, ob. cit.: p. 12; y Jessica Benjamin, “Master and Slave: the Fantasy of Erotic Domination”, en: *Powers of Desire...*, ob. cit.: 297.

Barrett y sus críticos, que le reprochan haber abandonado el análisis materialista de la división sexual del trabajo bajo el capitalismo.<sup>21</sup> Puede verse también en la sustitución de una tentativa inicial feminista de reconciliar el psicoanálisis y el marxismo por la elección de una u otra de esas posiciones teóricas, por parte de personas que al principio insistían en la posibilidad de una fusión.<sup>22</sup> La dificultad de las feministas inglesas y norteamericanas para trabajar desde el marxismo es evidente en las obras que he mencionado. El problema con que se enfrentan es el opuesto al que presenta la teoría patriarcal. Dentro del marxismo, el concepto de género ha sido tratado durante mucho tiempo como el producto secundario de estructuras económicas cambiantes; el género carece de *status* analítico independiente.

<sup>21</sup> Johanna Brenner y Maria Ramas, “Rethinking Women’s Oppression”, en: *New Left Review* 144 (marzo-abril 1984): 33-71; Michèle Barrett, “Rethinking Women’s Oppression: A Reply to Brenner and Ramas”, en: *New Left Review* 146 (julio-agosto 1984): 123-128; Angela Weir y Elizabeth Wilson, “The British Women’s Movement”, en: *New Left Review*, 148 (noviembre-diciembre 1984): 74-103; Michèle Barrett, “A Response to Weir and Wilson”, en: *New Left Review* 150 (marzo-abril 1985): 153-147; Jane Lewis, “The Debate on Sex and Class”, en: *New Left Review* 149 (enero-febrero 1985): 108-120. Véase también Hugh Armstrong y Pat Armstrong, “Beyond Sexless Class and Classless Sex: Towards Feminist Marxism”, en: *Studies in Political Economy* 10 (invierno 1983): 7-44; Hugh Armstrong y Pat Armstrong, “Comments: More on Marxist Feminism”, en: *Studies in Political Economy* 15 (otoño 1984): 179-184; y Jane Jenson, “Gender and Reproduction: or, Babies and the State”, inédito (junio 1985): 1-7.

<sup>22</sup> Para las primeras formulaciones teóricas, véase *Papers on Patriarchy: Conference, London 76* (Londres, n.p., 1976). Agradezco a Jane Caplan que me ha indicado la existencia de esta publicación y su buena disposición para compartir conmigo su copia y sus ideas acerca de la misma. Para la posición psicoanalítica, véase Sally Alexander, “Women, Class and Sexual Difference”, en: *History Workshop* 17 (primavera 1984): 125-135. En seminarios de Princeton University, a principios de 1986, Juliet Mitchell pareció volver a acentuar la prioridad del análisis materialista del género. Para una tentativa de salir del atolladero teórico del feminismo marxista, véase Coward, *Patriarchal Precedents*, ob. cit. También el brillante esfuerzo norteamericano en esta dirección de la antropóloga Gayle Rubin, “The Traffic in Women: Notes on the ‘Political Economy’ of Sex”, en: Rayna R. Reiter (ed.), *Towards an Anthropology of Women* (Nueva York, 1975): 167-168.

La revisión de la teoría psicoanalítica requiere la especificación de las escuelas ya que los diversos enfoques tienden a ser clasificados por el origen nacional de sus fundadores y de la mayoría de sus profesionales. Hay una escuela anglonorteamericana que trabaja dentro de los términos de la teoría de las relaciones objetales. En Estados Unidos, Nancy Chodorow es el nombre que más fácilmente se asocia con este enfoque. La obra de Carol Gilligan también ha tenido un fuerte impacto en la academia norteamericana, inclusive entre las historiadoras. La obra de Gilligan se basa en la de Chodorow, aunque tiene menos interés en la construcción del sujeto que en el desarrollo moral y el comportamiento. En contraste con la escuela anglonorteamericana, la escuela francesa se basa en lecturas estructuralistas y postestructuralistas de Freud en términos de teorías del lenguaje (para las feministas, la figura clave es Jacques Lacan).

Ambas escuelas están interesadas en los procesos por los que se crea la identidad del sujeto; ambas se centran en las primeras etapas del desarrollo de la niñez en busca de claves para la formación de la identidad de género. Las teóricas de las relaciones objetales hacen hincapié en la experiencia real (el niño o la niña ve, oye y se relaciona con sus cuidadores, en particular, por supuesto, con sus padres), mientras que los postestructuralistas recalcan la función central del lenguaje en la comunicación, interpretación y representación del género. (Por *lenguaje*, los postestructuralistas no quieren decir palabras sino sistemas de significados —órdenes simbólicos— que preceden al dominio real del habla, la lectura y la escritura.) Otra diferencia entre las dos escuelas de pensamiento está en el inconsciente, que para Chodorow es en última instancia sujeto de la comprensión consciente pero para Lacan no lo es. Para los lacanianos y las lacanianas, el inconsciente es un factor crítico en la construcción del sujeto; además, es la ubicación de la división sexual y, por esa razón, de la inestabilidad constante del sujeto generizado.

En los últimos años, las historiadoras feministas han recurrido a esas teorías ya sea porque sirven para sancionar hallazgos específicos con observaciones generales o porque parecen ofrecer una formulación teórica importante sobre el género. Cada vez más, las historiadoras que trabajan con el concepto de *cultura de mujeres*

citan las obras de Chodorow o de Gilligan como prueba y explicación de sus interpretaciones; las que se ocupan de teoría feminista miran a Lacan. En definitiva, ninguna de esas teorías me parece completamente viable para la historia; una consideración más detallada de las dos puede ayudar a explicar el porqué.

Mis dificultades con la teoría de las relaciones objetales están relacionadas con su literalidad, su confianza en que estructuras relativamente pequeñas de interacción producen la identidad de género y generan cambio. Tanto la división del trabajo en las familias como la asignación real de funciones al padre y a la madre juegan un papel crucial en la teoría de Chodorow. La consecuencia de los sistemas occidentales dominantes es una división clara entre el varón y la mujer: "El sentido femenino básico del yo está vinculado al mundo; el sentido masculino básico del yo está separado".<sup>23</sup> Según Chodorow, si el padre estuviera más implicado en la crianza y tuviera mayor presencia en las situaciones domésticas, las consecuencias del drama edípico podrían ser diferentes.<sup>24</sup>

<sup>23</sup> Nancy Chodorow, *The Reproduction of Mothering: Psychoanalysis and the Sociology of Gender* (Berkeley: University of California Press, 1978): 169.

<sup>24</sup> "Mi relato sugiere que estos temas relacionados con el género pueden ser influidos durante el período del complejo de Edipo, pero no son su único centro o resultado. La gestación de esos temas está presente en el contexto de procesos más amplios de las relaciones objetales y del ego. Estos procesos más amplios influyen por igual sobre la formación de la estructura psíquica, la vida psíquica y los modos relacionales de hombres y mujeres. Explican los diferentes modos de identificación y orientación hacia objetos heterosexuales, por las consecuencias asimétricas del Edipo que describen los psicoanalistas. Estos resultados, como los resultados edípicos más tradicionales, proceden de la organización asimétrica de la crianza de hijos e hijas, con el rol de la madre como elemento primario y el del padre más lejano, con su interés en la socialización, en especial en áreas relacionadas con los estereotipos de género", Chodorow, *ibidem*: 166. Importa señalar que hay diferencias de interpretación y enfoque entre Chodorow y las teóricas británicas de las relaciones objetales, que siguen la obra de D. W. Winnicott y Melanie Klein. El enfoque de Chodorow se caracteriza por ser una teoría más sociológica o socializada, pero es la óptica dominante a través de la cual las feministas norteamericanas se han acercado a la teoría de las relaciones objetales. Sobre la historia de la teoría británica de las relaciones objetales desde la política social, véase Denise Riley, *War in the Nursery* (Londres: Virago, 1984).

Esta interpretación limita el concepto de género a la familia y a la experiencia doméstica, por lo que no deja vía para que la historiadora relacione el concepto (o el individuo) con otros sistemas sociales de economía, política o poder. Por supuesto, queda implícito que el ordenamiento social que requiere que los padres trabajen y las madres se ocupen de la crianza de los hijos e hijas estructura la organización familiar. El origen de estos arreglos y por qué están articulados en términos de una división sexual del trabajo no está claro. Tampoco se plantea la cuestión de la desigualdad en contraste con la asimetría. ¿Cómo podemos explicar con esta teoría la persistente asociación de lo masculino con el poder, el mayor valor de lo masculino en contraste con lo femenino, la manera en que los niños y las niñas aprenden estas asociaciones de masculinidad con el poder aun cuando vivan fuera de la familia nuclear o en hogares en los que la crianza está igualmente dividida entre el esposo y la esposa? No pienso que podamos hacerlo sin prestar atención a los sistemas de significación, es decir, a las formas en que las sociedades representan el género, lo usan para articular las reglas de relaciones sociales o para construir el significado de la experiencia. Sin significado, no hay experiencia; sin proceso de significación no hay significado.

El lenguaje es el centro de la teoría lacaniana; es la clave para instalar a una criatura en el orden simbólico. A través del lenguaje se construye la identidad genérica. Según Lacan, el falo es el significante central de la diferencia sexual. Pero el significado del falo debe leerse metafóricamente. Para una criatura, el drama edípico se manifiesta en términos de interacción cultural, puesto que la amenaza de castración incluye el poder y las normas legales (del padre). Su relación con la ley depende de la diferencia sexual, de su identificación imaginaria (o fantástica) con la masculinidad o la feminidad. En otras palabras, la imposición de las normas de interacción social es inherente al género y específica, porque la mujer tiene necesariamente una relación diferente a la del hombre con el falo. Pero si bien la identificación genérica siempre aparece como coherente y fija, en realidad es altamente inestable. Como sistemas de sentidos, las identidades subjetivas son procesos de diferenciación y distinción que requieren la eliminación de ambi-

güedades y de elementos opuestos con el fin de asegurar (y crear la ilusión de) coherencia y comprensión común. El principio de masculinidad descansa en la necesaria represión de aspectos femeninos –del potencial del sujeto para la bisexualidad– e introduce un conflicto en la oposición de lo masculino y femenino. Los deseos reprimidos que están presentes en el inconsciente son una amenaza constante para la estabilidad de la identificación genérica, al negar su unidad y subvertir su necesidad de seguridad. Además, las ideas conscientes de masculino y femenino no son fijas, ya que varían según el contexto del uso. Por lo tanto siempre hay conflicto entre la necesidad del sujeto de una apariencia de totalidad y la imprecisión de la terminología, su significado relativo y su dependencia de la represión.<sup>25</sup> Esta clase de interpretación hace problemáticas las categorías de *varón* y *mujer*, al sugerir que masculino y femenino no son características inherentes, sino construcciones subjetivas (o ficticias). Esta interpretación implica también que el sujeto está en un proceso constante de construcción y ofrece una forma sistemática de interpretar el deseo consciente e inconsciente, al señalar el lenguaje como el lugar adecuado para el análisis. En este sentido, la encuentro instructiva.

No obstante, me molesta la fijación exclusiva sobre cuestiones del *sujeto* y la tendencia a reificar subjetivamente originando un antagonismo entre varones y mujeres como hecho central del género. Además, aunque hay apertura en la noción de cómo se construye *el sujeto*, la teoría tiende a universalizar las categorías y la relación entre el varón y la mujer. Para las historiadoras, el resultado es una lectura reduccionista de la evidencia del pasado. Aun cuando esta teoría toma en cuenta las relaciones sociales al vincular la castración con la prohibición y la ley, no permite la introducción de una noción de especificidad y variabilidad histórica. El falo es el único significante; el proceso de construcción del sujeto genérico es en definitiva predecible, porque siempre es

<sup>25</sup> Juliet Mitchell y Jacqueline Rose (eds.), *Jacques Lacan and the École Freudienne* (Nueva York: Norton, 1983); Alexander, "Women, Class and Sexual Difference", ob. cit.

el mismo. Si, como sugiere la teórica del cine Teresa de Lauretis, necesitamos pensar en términos de construcción de la subjetividad en contextos sociales e históricos, no hay manera de especificar esos contextos en los términos propuestos por Lacan. Hasta en la tentativa de De Lauretis, la realidad social (esto es, “las [relaciones] materiales, económicas e interpersonales que son de hecho sociales y, en una perspectiva más amplia, históricas”) parece hallarse afuera, separada del sujeto.<sup>26</sup> Falta un modo de concebir la *realidad social* en términos de género.

El problema del antagonismo sexual en esta teoría tiene dos aspectos. En primer lugar, proyecta un cierto elemento de atemporalidad, incluso cuando se historiza bien, tal como lo ha hecho Sally Alexander. Su lectura de Lacan la lleva a la siguiente conclusión: “el antagonismo entre los sexos es un aspecto ineludible de la adquisición de la identidad sexual. [...] Si el antagonismo está siempre latente, es posible que la historia no ofrezca una resolución final, solamente la constante remodelación y la reorganización de la simbolización de la diferencia y la división sexual del trabajo”.<sup>27</sup> Quizá mi creencia incurable en las utopías me haga vacilar ante esta formulación o quizá yo no haya abandonado la *episteme* de lo que Foucault llamó la Edad Clásica. Cualquiera sea la explicación, la formulación de Alexander contribuye a fijar la oposición binaria de varón y mujer como la única relación posible y como aspecto permanente de la condición humana. Perpetúa pero no cuestiona lo que Denise Riley llama “el desagradable aire de constancia de la polaridad sexual”. Para ella, “la naturaleza de la oposición [entre el varón y la mujer] construida históricamente produce entre sus efectos justamente ese aire de oposición invariable y monótona, hombres/mujeres”.<sup>28</sup>

<sup>26</sup> Teresa de Lauretis, *Alice Doesn't: Feminism, Semiotics, Cinema* (Bloomington: Indiana University Press, 1984): 159.

<sup>27</sup> Alexander, “Women, Class and Sexual Difference...”, ob. cit.: 135.

<sup>28</sup> Denise Riley, “Summary of Preamble to Interwar Feminist History Work”, inédito presentado en el Pembroke Center Seminar (mayo 1985): 11. Su planteo está desarrollado de manera más completa en su brillante libro *Am I That Name?: Feminism and the Category of 'Women' in History* (Londres: MacMillan, 1988).

Es precisamente esa oposición, con todo su tedio y monotonía, lo que ha fomentado la obra de Carol Gilligan, para volver al lado anglonorteamericano. Explica los caminos divergentes de desarrollo moral que siguen los chicos y las chicas, sobre la base de su *experiencia*, es decir, realidad vivida. No es sorprendente que las historiadoras de las mujeres hayan recogido las ideas de Gilligan y las hayan utilizado para explicar las *diferentes voces* que su trabajo las ha llevado a escuchar. Los problemas derivados de esa apropiación son numerosos y están relacionados lógicamente.<sup>29</sup> El primero es un deslizamiento que se produce a menudo en la atribución de la causalidad: el razonamiento desde una afirmación que dice que “la experiencia de las mujeres las lleva a hacer elecciones morales supeditadas a contextos y relaciones”, a esta otra que afirma que “las mujeres piensan y escogen de este modo porque son mujeres”. Esta línea de razonamiento tiene una noción implícita ahistórica, si no esencialista, de mujer. Gilligan y otras han extrapolado su descripción, basada en una pequeña muestra de escolares norteamericanas de fines del siglo XX, a una declaración sobre todas las mujeres. Esta extrapolación se ve particularmente, pero no exclusivamente, en las discusiones de algunas historiadoras sobre una *cultura de mujeres* cuando recogen testimonios desde las primeras santas hasta las modernas activistas de la militancia obrera y los utilizan para probar la hipótesis de Gilligan sobre una preferencia universal de las mujeres por el relacionamiento.<sup>30</sup> Este uso de las ideas de Gilligan contrasta vivamente con las formulaciones más complejas e historizadas presentadas en el simposio sobre *cultura de mujeres* organizado por *Feminist Studies*, en 1980.<sup>31</sup> De

<sup>29</sup> Carol Gilligan, *In a Different Voice: Psychological Theory and Women's Development* (Cambridge: Harvard University Press, 1982).

<sup>30</sup> Las siguientes críticas al libro de Gilligan son útiles: J. Auerbach *et al.*, “Commentary on Gilligan's *In a Different Voice*”, en: *Feminist Studies* 11 (primavera 1985); y “Women and Morality”, fascículo especial de *Social Research* 50 (otoño 1983). Mis comentarios sobre la tendencia de algunas historiadoras a citar a Gilligan están basados en la lectura de manuscritos no publicados y de propuestas de subvenciones, y no me parece correcto citarlos aquí. He seguido la pista de las referencias durante más de cinco años; son muchas y siguen aumentando.

<sup>31</sup> *Feminist Studies* 6 (primavera 1980): 26-64.

hecho, la comparación de ese conjunto de artículos con las formulaciones de Gilligan revela hasta qué punto es ahistórica su definición mujer/hombre como oposición binaria universal que se auto-reproduce, siempre fija en la misma forma. Al insistir en las diferencias fijas (en el caso de Gilligan, al simplificar los datos con resultados distintos sobre el razonamiento moral según los sexos, a fin de subrayar la diferencia sexual), las feministas contribuyen al tipo de pensamiento al que desean oponerse. Aunque insistan en la revaluación de la categoría *mujer* (Gilligan sugiere que las elecciones morales de las mujeres pueden ser más humanas que las de los hombres), no examinan la oposición binaria en sí.

Debemos rechazar la calidad fija y permanente de la oposición binaria. Necesitamos una historicidad y una deconstrucción verdaderas de los términos de la diferencia sexual. Debemos ser más autoconscientes de la distinción entre nuestro vocabulario analítico y el material que deseamos analizar. Debemos buscar vías, aunque sean imperfectas, para someter continuamente nuestras categorías a la crítica y nuestros análisis a la autocritica. Si empleamos la definición de deconstrucción de Jacques Derrida, esta crítica significa el análisis contextualizado de la forma en que opera cualquier oposición binaria, invirtiendo y desplazando su construcción jerárquica, en lugar de aceptarla como si fuera real o manifiesta, o propia de la naturaleza de las cosas.<sup>32</sup> En cierto sentido, por supuesto, las feministas han estado haciendo esto durante años. La historia del pensamiento feminista es la historia del rechazo de la construcción jerárquica de la relación entre varón y mujer en sus contextos específicos y del intento de invertir o desplazar su vigencia. En la actualidad, las historiadoras feministas están en condiciones de teorizar sobre su práctica y desarrollar el género en tanto categoría analítica.

<sup>32</sup> Para una presentación sucinta y accesible de Derrida, véase Jonathan Culler, *On Deconstruction: Theory and Criticism after Structuralism* (Ithaca: Cornell University Press, 1982), en esp.: 157-179. Véase también Jacques Derrida, *Of Grammatology* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1976); Jacques Derrida, *Spurs* (Chicago: University of Chicago Press, 1979); y una transcripción del Pembroke Center Seminar, 1983, en: *Subjects/Objects* (otoño 1984).

## II

El interés en el género como categoría analítica ha surgido solamente a fines del siglo XX. Está ausente de las teorías sociales más importantes formuladas desde el siglo XVIII hasta comienzos del XX. A decir verdad, algunas de esas teorías construyeron su lógica sobre analogías a la oposición hombre y mujer, otras reconocieron la existencia del *problema de la mujer* y, por último, otras se plantearon la formación de la identidad sexual subjetiva, pero en ningún caso hizo su aparición el género como forma de hablar de los sistemas de relaciones sociales o sexuales. Esta omisión puede explicar en parte la dificultad que han tenido las feministas contemporáneas para incorporar el género en los cuerpos teóricos existentes y para convencer a los partidarios de una u otra escuela teórica de que éste pertenece a su vocabulario. El término *género* forma parte de un esfuerzo de las feministas contemporáneas por reivindicar un territorio definitorio específico, de insistir en la insuficiencia de los cuerpos teóricos existentes para explicar la persistente desigualdad entre mujeres y hombres. Me parece significativo que el uso de la palabra género haya surgido en un momento de gran confusión epistemológica, que en algunos casos toma la forma de cambios de paradigmas científicos a literarios entre quienes se dedican a las ciencias sociales (de un énfasis sobre la causalidad a otro sobre el significado, desdibujando así los métodos de investigación, según la frase del antropólogo Clifford Geertz)<sup>33</sup> y en otros casos, la forma de debates sobre teoría entre los que afirman la transparencia de los hechos y los que insisten en que toda realidad es interpretada o construida, entre los que defienden la idea de que el *hombre* es un dueño racional de su destino y los que la cuestionan. En el espacio abierto por este debate y del lado de la crítica de la ciencia desarrollada por las humanidades, y del empirismo y el humanismo por los estructuralistas, las feministas han empezado a encontrar

<sup>33</sup> Clifford Geertz, "Blurred Genres", en: *American Scholar* 49 (octubre 1980): 165-179.

no solamente una voz teórica propia sino también aliados académicos y políticos. En ese espacio debemos formular el género como categoría analítica.

¿Qué deberían hacer los historiadores y las historiadoras que después de todo han visto despreciada su disciplina por algunos teóricos recientes como una reliquia del pensamiento humano? No creo que debamos renunciar a los archivos o abandonar el estudio del pasado, pero tenemos que cambiar algunas de las formas con que nos hemos acercado al trabajo, ciertas preguntas que nos hemos planteado. Necesitamos examinar atentamente nuestros métodos de análisis, aclarar nuestras hipótesis de trabajo y explicar cómo creemos que tienen lugar los cambios. En lugar de buscar orígenes sencillos, debemos concebir procesos tan interrelacionados que no puedan desenmarañarse. Por supuesto, identificamos los problemas que hay que estudiar y que constituyen los principios o puntos de acceso a procesos complejos. Pero lo que debemos tener en cuenta continuamente son los procesos. Debemos preguntarnos más a menudo cómo sucedieron las cosas para descubrir por qué sucedieron; según la formulación de la antropóloga Michelle Rosaldo, no debemos perseguir la causalidad universal y general sino las explicaciones con sentido: "En la actualidad, me parece que el lugar de las mujeres en la vida social humana no es un producto directo de las cosas que hacen, sino del significado que adquieren sus actividades a través de la interacción social concreta".<sup>34</sup> Para lograr el sentido, necesitamos considerar tanto el sujeto individual como la organización social y descubrir la naturaleza de sus interrelaciones, porque ambos son cruciales para comprender cómo actúa el género, cómo acontece el cambio. Finalmente, necesitamos sustituir la noción de que el poder social es una unidad coherente y centralizada por algo parecido al concepto de poder en Michel Foucault, que se identifica con constelaciones dispersas de relaciones desiguales, constitui-

<sup>34</sup> Michelle Zimbalist Rosaldo, "The Uses and Abuses of Anthropology: Reflections on Feminism and Cross-Cultural Understanding", en: *Signs* 5 (primavera 1980): 400.

das discursivamente en *campos de fuerza* sociales.<sup>35</sup> En esos procesos y estructuras hay lugar para un concepto de agencia humana como la tentativa (al menos parcialmente racional) de construir una identidad, una vida, un entramado de relaciones, una sociedad con ciertos límites y con un lenguaje —un lenguaje conceptual que a la vez establece fronteras y contiene la posibilidad de negación, resistencia, reinterpretación y el juego de la invención y de la imaginación metafórica—.

Mi definición de género tiene dos partes y varias subpartes. Están interrelacionadas, pero deben ser distintas analíticamente. El núcleo de la definición está en una conexión integral de dos proposiciones: el género es un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen los sexos; y el género es una forma primaria de relaciones significantes de poder. Los cambios en la organización de las relaciones sociales corresponden siempre a cambios en las representaciones de poder, pero la dirección del cambio no va necesariamente en un sentido único. Como elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en diferencias percibidas entre los sexos, el género comprende cuatro elementos interrelacionados: primero, símbolos culturalmente disponibles que evocan representaciones múltiples y a menudo contradictorias —Eva y María, por ejemplo, como símbolos de la mujer en la tradición cristiana occidental—, pero también mitos de luz y oscuridad, de purificación y contaminación, inocencia y corrupción. Para las historiadoras, los temas interesantes son: ¿qué representaciones simbólicas se evocan, cómo y en qué contextos? Segundo, los conceptos normativos que manifiestan las interpretaciones de los significados de los símbolos, en un intento de limitar y contener sus posibilidades metafóricas. Esos conceptos se expresan en doctrinas religiosas, educacionales, científicas, legales y políticas, que afirman categóricamente y sin lugar a dudas el significado de varón y mujer, masculino y

<sup>35</sup> Michel Foucault, *The History of Sexuality*, vol. 1, *An Introduction* (Nueva York: Vintage, 1980); Michel Foucault, *Power/Knowledge: Selected Interviews and Other Writings, 1972-77* (Nueva York: Pantheon, 1980).

femenino. De hecho, esas declaraciones normativas dependen del rechazo o represión de posibilidades alternativas y, a veces, hay disputas abiertas sobre las mismas (¿en qué momentos y en qué circunstancias debería ser una preocupación de las historiadoras?). Sin embargo, la posición que emerge como predominante se presenta como si fuera la única posible. La historia subsiguiente se escribe como si esas posiciones normativas fueran producto del consenso social y no de conflictos. Un ejemplo de este tipo de historia es el que ve la ideología victoriana de la domesticidad como si hubiera sido creada como un todo y hubiera habido una reacción a la misma solamente más tarde, sin pensar que fue un tema constante de grandes diferencias de opinión. Otro tipo de ejemplo viene de los grupos religiosos fundamentalistas contemporáneos, que a la fuerza han vinculado sus prácticas a la restauración de las mujeres en un rol que se supone más auténticamente *tradicional*, cuando de hecho hay pocos precedentes históricos para el desempeño indiscutible de tal rol. La intención de la nueva investigación histórica es romper la noción de fijeza, descubrir la naturaleza del debate o la represión que conlleva a la aparición de una permanencia atemporal en la representación binaria del género. Este tipo de análisis debe incluir nociones políticas y referencias a instituciones y organizaciones sociales, tercer aspecto de las relaciones de género.

Algunas estudiosas, sobre todo antropólogas, han restringido el uso del género al sistema de parentesco, centrándose en la casa y en la familia como base de la organización social. Necesitamos una visión más amplia que incluya no sólo a la familia sino también, especialmente en las complejas sociedades modernas, al mercado de trabajo (un mercado de trabajo segregado por sexo forma parte del proceso de construcción del género), la educación (las instituciones de sexo masculino y las coeducativas forman parte del mismo proceso) y la política (el sufragio universal masculino es parte del proceso de construcción del género). Tiene poco sentido forzar el retorno de estas instituciones a una posición de utilidad funcional en el sistema de parentesco o argumentar que las relaciones contemporáneas entre hombres y mujeres son construcciones de antiguos sistemas de parentesco basados en el

intercambio de mujeres.<sup>36</sup> El género se construye a través del parentesco, pero no en forma exclusiva; se construye también en la economía y la política, que por lo menos en nuestra sociedad actúan hoy día de modo ampliamente independiente del parentesco.

El cuarto aspecto del género es la identidad subjetiva. Estoy de acuerdo con la formulación de la antropóloga Gayle Rubin de que el psicoanálisis ofrece una teoría importante sobre la reproducción del género, una descripción de la "transformación de la sexualidad biológica de los individuos a medida que son aculturados".<sup>37</sup> Pero la pretensión universal del psicoanálisis me hace vacilar. Aunque la teoría de Lacan puede ser útil para pensar en la construcción de la identidad genérica, las historiadoras necesitan trabajar de un modo más histórico. Si la identidad genérica se basa sólo y universalmente en el miedo a la castración, se niega el propósito esencial de la investigación histórica. Por otra parte, en la realidad los hombres y mujeres no satisfacen siempre o literalmente los términos de las prescripciones de la sociedad o de nuestras categorías analíticas. Las historiadoras, en cambio, necesitan investigar las formas en que se construyen sustancialmente las identidades genéricas y relacionar sus datos con una variedad de actividades, organizaciones sociales y representaciones culturales históricamente específicas. Hasta ahora, los mejores esfuerzos en este campo han sido, y ello no debe sorprendernos, las biografías: la interpretación de Lou Andreas Salomé de Biddy Martin, el retrato que Kathryn Sklar hace de Catherine Beecher, la vida de Jessie Daniel Ames escrita por Jacqueline Hall y el examen de Charlotte Perkins Gilman a cargo de Mary Hill.<sup>38</sup>

<sup>36</sup> Para esta posición, véase Rubin, "Traffic in Women...", ob. cit.: 199.

<sup>37</sup> Ibid.: 198.

<sup>38</sup> Biddy Martin, "Feminism, Criticism and Foucault", en: *New German Critique* 27 (otoño 1982): 3-30; Kathryn Kish Sklar, *Catherine Beecher: A Study in American Domesticity* (New Haven: Yale University Press, 1973); Mary A. Hill, *Charlotte Perkins Gilman: The Making of a Radical Feminist, 1860-1896* (Filadelfia: Temple University Press, 1980); Jacqueline Dowd Hall, *Revolt Against Chivalry: Jessie Daniel Ames and the Women's Campaign Against Lynching* (Nueva York: Columbia University Press, 1974).



Pero también son posibles los tratamientos colectivos, como han demostrado Mrinalini Sinha y Lou Ratté en sus respectivos estudios sobre los períodos de construcción de la identidad de género en los administradores coloniales británicos en la India y sobre los hindúes educados en Gran Bretaña que se transformaron en dirigentes nacionalistas y antiimperialistas.<sup>39</sup>

La primera parte de mi definición de género consta, pues, de esos cuatro elementos y ninguno de ellos funciona sin los demás. Sin embargo, no funcionan simultáneamente de forma que uno sea simplemente el reflejo de los otros. De hecho, una pregunta para la investigación histórica es saber cómo son las relaciones entre los cuatro aspectos. El esquema que he ofrecido para el proceso de construcción de las relaciones de género podría usarse para discutir la clase social, la raza, la etnicidad o, a decir verdad, cualquier proceso social. Mi intención era clarificar y especificar hasta qué punto necesitamos pensar en el efecto del género en las relaciones sociales e institucionales, porque con frecuencia este pensamiento no se lleva a cabo con precisión o sistemáticamente. La teorización del género, sin embargo, está desarrollada en mi segunda proposición: el género es una forma primaria de relaciones significantes de poder. Quizás sería mejor decir que el género es el campo primario en el cual o por medio del cual se articula el poder. El género no es el único campo, pero parece haber sido una forma persistente y recurrente de facilitar la significación del poder en la tradición occidental, judeocristiana e islámica. Como tal, puede parecer que esta parte de la definición pertenece a la sección normativa del argumento, pero sin embargo no es así, porque los conceptos de poder, aunque puedan construirse sobre el género, no siempre tratan literalmente de género. El sociólogo francés Pierre Bourdieu ha escrito

<sup>39</sup> Lou Ratté, "Gender Ambivalence in the Indian Nationalist Movement", inédito, Pembroke Center Seminar, primavera 1983; y Mrinalini Sinha, "Manliness: A Victorian Ideal and the British Imperial Elite in India", inédito, Departamento de Historia, Universidad de Nueva York, Stony Brook, 1984; y Sinha, "The Age of Consent Act: The Ideal of Masculinity and Colonial Ideology in Late 19th Century Bengal", en: *Proceedings*, Eighth International Symposium on Asian Studies (1986): 1199-1214.

sobre cómo la "di-visión del mundo", basada en referencias a "diferencias biológicas y sobre todo a las que se refieren a la división del trabajo de procreación y reproducción", actúa como "la mejor fundada de las ilusiones colectivas". Establecidos como un conjunto objetivo de referencias, los conceptos de género estructuran concreta y simbólicamente la percepción y la organización de toda la vida social.<sup>40</sup> En la medida en que estas referencias establecen distribuciones de poder (un control diferenciado sobre recursos materiales y simbólicos, o acceso a los mismos), el género está implicado en la concepción y construcción misma del poder.

El antropólogo francés Maurice Godelier lo expresa de la siguiente manera:

No es la sexualidad la que ronda la sociedad, sino la sociedad la que ronda la sexualidad del cuerpo. Las diferencias entre los cuerpos relacionadas con el sexo son llamadas a declarar como testigos de relaciones sociales y fenómenos que no tienen nada que ver con la sexualidad. No solamente como testigos *de*, sino también como testigos *para*, o sea, como legitimación.<sup>41</sup>

La función legitimadora del género funciona de muchas formas. Bourdieu, por ejemplo, ha demostrado cómo en algunas culturas la explotación agrícola se organizó según conceptos de tiempo y estación basados en definiciones específicas de la oposición entre masculino y femenino. Gayatri Spivak ha hecho un análisis agudo de los usos del género en algunos textos de escritoras británicas y norteamericanas.<sup>42</sup> Natalie Davis ha mostrado la forma en

<sup>40</sup> Pierre Bourdieu, *Le Sens Pratique* (París: Les Editions de Minuit, 1980): 246-247, 333-361, esp. 366.

<sup>41</sup> Maurice Godelier, "The Origins of Male Domination", en: *New Left Review* 127 (1981): 17.

<sup>42</sup> Gayatri Chakravorty Spivak, "Three Women's Texts and a Critique of Imperialism", en: *Critical Inquiry* 12 (otoño 1985): 243-246. Véase también Kate Millett, *Sexual Politics* (Nueva York: Avon, 1969). Para un examen de cómo operan las referencias femeninas en textos importantes de la filosofía occidental, véase Luce Irigaray, *Speculum of the Other Woman* (Ithaca: Cornell University Press, 1985).

que los conceptos de masculino y femenino están relacionados con la comprensión y crítica de las normas del orden social en los comienzos de la Francia moderna.<sup>43</sup> La historiadora Caroline Bynum ha arrojado nueva luz sobre la espiritualidad medieval a través de la atención que ha prestado a las relaciones entre los conceptos de masculino y femenino y el comportamiento religioso. Su obra nos ha iluminado, particularmente, las formas en que dichos conceptos han informado tanto la política de las instituciones monásticas como a los individuos creyentes.<sup>44</sup> Las historiadoras del arte han abierto un nuevo campo mediante la lectura de las implicaciones sociales de los retratos literales de mujeres y hombres.<sup>45</sup> Esas interpretaciones se basan en la idea de que los lenguajes conceptuales emplean la diferenciación para establecer significados y que la diferencia sexual es una forma primaria de diferenciación significativa.<sup>46</sup> Por lo tanto, el género facilita un modo de decodificar significado y de comprender las complejas conexiones entre varias formas de interacción humana. Cuando las historiadoras buscan las maneras en que el concepto de género legitima y construye las relaciones sociales entienden mejor la naturaleza recíproca de género y sociedad, y de las formas particulares y contextualmente específicas en que la política construye el género y el género construye la política.

<sup>43</sup> Natalie Zemon Davis, "Women on Top", en su *Society and Culture in Early Modern France* (Stanford: Stanford University Press, 1975): 124-151.

<sup>44</sup> Caroline Walker Bynum, "Jesus as Mother: Studies in the Spirituality of the High Middle Ages" (Berkeley: University of California Press, 1982); Caroline Walker Bynum, "Fast, Feast, and Flesh: The Religious Significance of Food to Medieval Women", en: *Representations* 11 (verano 1985): 1-25; Caroline Walker Bynum, "Introduction", en: *Religion and Gender: Essays on the Complexity of Symbols* (Boston: Beacon Press, 1987).

<sup>45</sup> Véase, por ejemplo, T. J. Clarke, *The Painting of Modern Life* (Nueva York: Knopf, 1985).

<sup>46</sup> La diferencia entre las teóricas estructuralistas y las postestructuralistas sobre este tema reside en su desacuerdo sobre hasta qué punto las categorías de diferencia son cerradas o abiertas. En la medida en que las postestructuralistas no fijan un significado universal para las categorías o las relaciones entre ellas, su enfoque parece conducir a la clase de análisis histórico del que soy partidaria.

La política es sólo una de las áreas en las que se puede usar el género para el análisis histórico. He elegido los siguientes ejemplos, relativos a la política y al poder en su sentido más tradicionalmente aceptado, es decir, lo que trata del estado nación, por dos razones. La primera, porque el territorio está virtualmente sin explorar, ya que el género ha sido considerado antitético para los temas reales de la política. La segunda, porque la historia política —todavía estilo dominante de la investigación histórica— ha sido el lugar de mayor resistencia a la inclusión de material e incluso de preguntas sobre las mujeres y el género.

El género se ha empleado literal o analógicamente en teoría política para justificar o criticar el reinado de monarcas y para expresar la relación entre gobernante y gobernado. Podría haberse esperado que los debates de los contemporáneos sobre los reinados de Isabel I en Inglaterra y Catalina de Médicis en Francia se detuvieran en el problema de la capacidad de las mujeres para el gobierno político, pero en el período en que el parentesco y la monarquía estaban totalmente relacionados, las discusiones sobre los reyes varones se preocupaban igualmente de la masculinidad y la femineidad.<sup>47</sup> Las analogías con la relación matrimonial proporcionan fundamento a los argumentos de Jean Bodin, Robert Filmer y John Locke. El ataque de Edmund Burke a la Revolución Francesa se construye en torno a un contraste entre las repugnantes y sanguinarias brujas *sans culottes* ("furias del infierno, con la forma denostada de las mujeres más viles") y la delicada femineidad de María Antonieta, quien escapó del populacho para "buscar refugio a los pies de un rey y marido" y cuya belleza inspirará un día el orgullo nacional. (Era con referencia al rol apropiado de lo femenino en el orden político que Burke escribía: "Para hacernos amar nuestro país, nuestro país debería

<sup>47</sup> Rachel Weil, "The Crown Has Fallen to the Distaff: Gender and Politics in the Age of Catharine de Medici", en: *Critical Matrix* (Princeton: Working Papers in Women's Studies), 1 (1985). Véase también Louis Montrose, "Shaping Fantasies: Figurations of Gender and Power in Elizabethan Culture", en: *Representations* 2 (primavera 1983): 61-94; y Lynn Hunt, "Hercules and the Radical Image in the French Revolution", en: *Representations* 2 (primavera 1983): 95-117.

ser hermoso".)<sup>48</sup> Pero la analogía no es siempre con respecto al matrimonio o incluso a la heterosexualidad. En la teoría política islámica medieval, los símbolos del poder político aludían con mayor frecuencia al sexo entre un hombre y un muchacho, sugiriendo no sólo formas de sexualidad aceptables, próximas a las que la última obra de Foucault describía para la Grecia clásica, sino también la falta de relevancia de las mujeres para cualquier noción de política y para la vida pública.<sup>49</sup>

Para que este último comentario no sugiera que la teoría política refleja simplemente la organización social, sería importante hacer notar que los cambios en las relaciones de género pueden ser impulsados por consideraciones de necesidades de estado. Un ejemplo llamativo es la explicación de Louis de Bonald en 1816 de por qué tenía que ser derogada la legislación de divorcio de la Revolución Francesa:

Así como la democracia política "permite al pueblo, la parte débil de la sociedad política, alzarse contra el poder establecido", el divorcio, "verdadera democracia doméstica", permite a la esposa, "la parte débil, rebelarse contra la autoridad marital [...] Con el fin de mantener el estado fuera del alcance de las manos

<sup>48</sup> Edmund Burke, *Reflections on the French Revolution* (1892; ed. reimpressa en Nueva York, 1909): 208-209, 214. Véase Jean Bodin, *Six Books of the Commonwealth* (1606; ed. reimpressa, Nueva York: Barnes and Noble, 1967); Robert Filmer, *Patriarcha and Other Political Works*, Peter Laslett (ed.) (Oxford: B. Blackwell, 1949); y John Locke, *Two Treatises of Government* (1690; ed. reimpressa, Cambridge: Cambridge University Press, 1970). Véase también Elizabeth Fox Genovese, "Property and Patriarchy in Classical Bourgeois Political Theory", en: *Radical History Review* 4 (primavera-verano 1977): 36-59; y Mary Lyndon Shanley, "Marriage Contract and Social Contract in Seventeenth Century English Political Thought", en: *Western Political Quarterly* 32 (marzo 1979): 79-91.

<sup>49</sup> Agradezco a Bernard Lewis la referencia para el Islam. Michel Foucault, *Histoire de la Sexualité*, vol. 2, *L'Usage des Plaisirs* (París: Gallimard, 1984). Acerca de las mujeres en la Grecia clásica, véase Marilyn Arthur, "Liberated Woman: The Classical Era", en: Renate Bridenthal y Claudia Koonz (eds.), *Becoming Visible* (Boston: Houghton Mifflin, 1976): 75-78.

del pueblo, es necesario mantener la familia fuera del alcance de las manos de esposas y niños".<sup>50</sup>

Bonald comienza con una analogía y luego establece una correspondencia directa entre divorcio y democracia. Evocando viejos razonamientos que veían en la familia bien ordenada el fundamento del estado bien ordenado, la legislación que consagraba esta interpretación redefinía los límites de la relación conyugal. Así, también en la actualidad, a los ideólogos políticos conservadores les gustaría aprobar una serie de leyes sobre la organización y el comportamiento de la familia que alterarían las costumbres establecidas. La relación entre regímenes autoritarios y control de las mujeres ha sido señalada pero no lo suficientemente estudiada. Por ejemplo, no se ha estudiado si, en momentos cruciales como hegemonía jacobina en la Revolución Francesa, en el momento en que Stalin intenta hacerse con el poder para controlar la autoridad, cuando se implementa la política nazi en Alemania o con el triunfo del ayatollah Jomeini en Irán, los nuevos gobernantes han legitimado la dominación, la fuerza, la autoridad central como algo masculino (y a los enemigos, los de afuera, los subversivos y la debilidad como algo femenino) y han hecho ese código en leyes al pie de la letra (prohibiendo la participación política de las mujeres, declarando el aborto fuera de la ley, prohibiendo el trabajo asalariado de las madres e imponiendo reglas al atenuado femenino), que ponen a las mujeres en su sitio adecuado.<sup>51</sup> Esas acciones y el momento en que se desarrollan tienen poco

<sup>50</sup> Citado en Roderick Phillips, "Women and Family Breakdown in Eighteenth Century France: Rouen 1780-1800", en: *Social History* 2 (mayo 1976): 217.

<sup>51</sup> Sobre la Revolución Francesa, véase Darlene Gay Levy, Harriet Applewhite y Mary Johnson (eds.), *Women in Revolutionary Paris, 1789-1795* (Urbana: University of Illinois Press, 1979): 209-220; sobre la legislación soviética, véanse los documentos en Rudolph Schlesinger, *The Family in the USSR: Documents and Readings* (Londres: Routledge and Kegan Paul, 1949): 62-71, 151-154; sobre política nazi, véase Tim Mason, "Women in Nazi Germany", en: *History Workshop* 1 (primavera 1976): 74-113; y Tim Mason, "Women in Nazi Germany, 1925-40: Family, Welfare and Work", en: *History Workshop* 2 (otoño 1976): 5-32.

sentido en sí; en la mayoría de los casos, el estado no gana nada de inmediato o materialmente con el control de las mujeres. Las acciones sólo cobran sentido como parte de un análisis de la construcción y la consolidación del poder. La política hacia las mujeres es una forma de afirmación de control o fuerza. En esos ejemplos, la diferencia sexual se concebía en términos de dominación o control de las mujeres. Esos ejemplos dan una idea de las clases de relaciones de poder que se construyen en la historia contemporánea, pero este tipo concreto de relación no es un tema político universal. De manera diferente, por ejemplo, los regímenes democráticos del siglo XX han construido sus ideologías políticas con conceptos generalizados y las han traducido a políticas públicas; el estado del bienestar, por ejemplo, demostró su paternalismo protector con leyes dirigidas a las mujeres y los niños.<sup>52</sup> Históricamente, algunos movimientos socialistas y anarquistas han rehusado por completo las metáforas de dominación y han presentado sus críticas de ciertos regímenes o de organizaciones sociales con imaginación, en términos de transformaciones de las identidades de género. En Francia e Inglaterra, los socialistas utópicos de 1830 y 1840 concibieron sus sueños de un futuro armonioso en términos de las naturalezas complementarias de los individuos, como en la unión del hombre y la mujer, *el individuo social*.<sup>53</sup> Los anarquistas europeos fueron conocidos durante mucho tiempo no sólo por rechazar las convenciones del matrimonio burgués, sino también por sus visiones de un mundo en el que la diferencia sexual no implicara jerarquía.

<sup>52</sup> Elizabeth Wilson, *Women and the Welfare State* (Londres: Tavistock, 1977); Jane Jenson, "Gender and Reproduction"; Jane Lewis, *The Politics of Motherhood: Child and Maternal Welfare in England 1900-1939* (Londres: Coom Helm, 1980); Mary Lynn McDougall, "Protecting Infants: The French Campaign for Maternity Leaves, 1890s-1913", en: *French Historical Studies* 13 (1983): 79-105.

<sup>53</sup> Sobre los utopistas ingleses, véase Barbara Taylor, *Eve and the New Jerusalem* (Nueva York: Pantheon, 1983); sobre Francia, Joan W. Scott, "Men and Women in the Parisien Garment Trades: Discussions on Family and Work in the 1830s and 40s", en: Pat Thane et al. (eds.), *The Power of the Past: Essays for Eric Hobsbawm* (Cambridge, 1984): 67-94.

Éstos son ejemplos de conexiones explícitas entre género y poder, pero constituyen solamente una parte de mi definición de género como fuente primaria de las relaciones significantes de poder. Con frecuencia, la atención al género no es explícita, pero sin embargo es una parte crucial de la organización de la igualdad o desigualdad. Las estructuras jerárquicas se basan en la comprensión generalizada de la llamada relación natural entre varón y mujer. En el siglo XIX, el concepto de clase contaba con el género en su articulación. Cuando, por ejemplo, las reformistas de clase media describían a los trabajadores en términos codificados como femeninos (subordinados, débiles, explotados sexualmente como prostitutas), los dirigentes obreros y socialistas replicaban insistiendo en la posición masculina de la clase trabajadora (productores, fuertes, protectores de sus mujeres e hijos). Los términos de este discurso no eran explícitamente sobre género, pero se fortalecían con referencias al mismo. La *codificación* genérica de ciertos términos establecía y *naturalizaba* sus significados. Con ello, definiciones normativas de género, históricamente específicas (que se daban por conocidas), eran reproducidas y se arraigaban en la cultura de la clase obrera francesa.<sup>54</sup>

Los temas de la guerra, la diplomacia y la alta política aparecen con frecuencia cuando los historiadores políticos tradicionales cuestionan la utilidad del género en su obra. Pero también aquí necesitamos mirar más allá de los actores y del sentido literal de sus palabras. Las relaciones de poder entre naciones y el *status* de los sujetos coloniales se han hecho comprensibles (y por lo tanto legítimos) sobre la base de las relaciones entre varón y hembra. La legitimación de la guerra —el derroche de vidas jóvenes para proteger al estado— ha adoptado diversas formas de llamadas explícitas a la hombría (a la necesidad de defender a los vulnerables: mujeres y niños), a la confianza implícita en la aceptación de que el deber de los hijos es servir a sus líderes, a su rey (padre), y en la

<sup>54</sup> Louis Devance, "Femme, famille, travail et morale sexuelle dans l'idéologie de 1848", en: *Mythes et représentations de la femme au XIXe siècle* (París: Champion, 1976); Jacques Rancière y Pierre Vauday, "En allant à l'expo: l'ouvrier, sa femme et les machines", en: *Les Révoltes Logiques* 1 (invierno 1975): 5-22.

relación entre masculinidad y fuerza nacional.<sup>55</sup> La alta política es también un concepto generizado, porque establece su importancia crucial y su poder público, las razones para su autoridad superior, y el hecho de la misma precisamente en su exclusión de las mujeres de ese ámbito. El género es una de las referencias recurrentes por las que se ha concebido, legitimado y criticado el poder político. Se refiere al significado de la oposición varón/mujer, pero también la establece. Para reivindicar el poder político, la referencia debe parecer segura y estable, fuera de la construcción humana, parte del orden natural o divino. De esa forma, la oposición binaria y el proceso social de relaciones de género forman parte del significado del poder; el cuestionar o alterar cualquiera de sus aspectos amenaza a la totalidad del sistema.

Si las significaciones de género y poder se construyen la una a la otra, ¿cómo se pueden cambiar las cosas? En sentido general, la respuesta es que el cambio puede iniciarse en muchos lugares. Las conmociones políticas masivas que llevan viejos órdenes al caos y abren las puertas a otros nuevos pueden revisar los términos (y también la organización) del género en busca de nuevas formas de legitimación. Pero pueden no hacerlo; los viejos conceptos de género han servido también para dar validez a los regímenes nuevos.<sup>56</sup> Las crisis demográficas ocasionadas por la esca-

<sup>55</sup> Gayatri Chakravorty Spivak, "'Draupadi' by Mahasveta Devi", en: *Critical Enquiry* 8 (invierno 1981): 381-402; Homi Bhabha, "Of Mimicry and Man: The Ambivalence of Colonial Discourse", en: *October* 28 (primavera 1984): 125-133; Karin Hausen, "The Nation's Obligations to the Heroes' Widows of World War I", en: Margaret R. Higonnet et al. (eds.), *Women, War and History* (New Haven: Yale University Press, 1986). Véase también Ken Inglis, "The Representation of Gender of Australian War Memorials", en: *Daedalus* 116 (1987): 35-59.

<sup>56</sup> Sobre la Revolución Francesa, véase Levy, *Women in Revolutionary Paris*, ob. cit.; sobre la Revolución Americana, véase Mary Beth Norton, *Liberty's Daughters: The Revolutionary Experience of American Women* (Boston: Little Brown, 1980); Linda Kerber, *Women of the Republic* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1980); Joan Hoff-Wilson, "The Illusion of Change: Women and the American Revolution", en: Alfred Young (ed.), *The American Revolution: Explorations in the History of American Radicalism* (De Kalb: Northern Illinois University Press, 1976): 383-446. Sobre la Tercera República

sez de alimentos, las plagas o las guerras pueden haber cuestionado las visiones normativas del matrimonio heterosexual (como sucedió en ciertos círculos de algunos países en la década de 1920), pero también han engendrado políticas pronatalistas que insisten en la importancia exclusiva de las funciones maternal y reproductora de las mujeres.<sup>57</sup> Las pautas cambiantes de empleo pueden llevar a diferentes estrategias matrimoniales y a distintas posibilidades para la construcción de la subjetividad, pero también pueden ser vividas como nuevos campos de actividad para hijas y esposas conscientes de sus deberes.<sup>58</sup> La aparición de nuevos tipos de símbolos culturales puede posibilitar la reinterpretación y hasta la reescritura de la historia edípica, pero también puede servir para reinscribir ese terrible drama en términos todavía más significativos. Los procesos políticos determinarán qué resultados prevalecerán —políticos en el sentido en que diferentes actores y diferentes significados luchan entre sí por controlar el poder—. La naturaleza de ese proceso, de los actores y sus acciones, sólo puede determinarse específicamente en el contexto del tiempo y del espacio. Podemos escribir la historia de ese proceso únicamente si reconocemos que *varón* y *mujer* son al mismo tiempo categorías vacías y rebosantes. Vacías porque carecen de un significado último, trascendente. Rebosantes porque, aun cuando parecen estables, contienen en su seno definiciones alternativas, negadas o suprimidas.

Francesa, véase Steven Hause, *Women's Suffrage and Social Politics in the French Third Republic* (Princeton: Princeton University Press, 1984). Para una presentación extremadamente interesante de un caso reciente, véase Maxine Molyneux, "Mobilization without Emancipation? Women's Interests, the State and Revolution in Nicaragua", en: *Feminist Studies* 11 (verano 1985): 227-254.

<sup>57</sup> Sobre el pronatalismo, véase Riley, *War in the Nursery...*, ob. cit.; y Jenson, "Gender and Reproduction...", ob. cit. Sobre el de la década de 1920, véanse los ensayos incluidos en *Stratégies des Femmes* (París: Editions Tierce, 1984).

<sup>58</sup> Para varias interpretaciones del impacto de los nuevos trabajos sobre mujeres, véase Louise A. Tilly y Joan W. Scott, *Women, Work and Family* (Nueva York: Holt, Rinehart and Winston, 1978; Methuen, 1987); Thomas Dublin, *Women at Work: The Transformation of Work and Community in Lowell, Massachusetts, 1826-1860* (Nueva York: Columbia University Press, 1979); y Edward Shorter, *The Making of the Modern Family* (Nueva York: Basic Books, 1975).

En cierto sentido, la historia política se ha desarrollado en el campo del género. Es un campo que parece estable, pero su significado es discutido y fluido. Si tratamos la oposición entre varón y mujer, no como algo sabido sino como algo problemático, como algo definido contextualmente, repetidamente construido, entonces debemos preguntarnos constantemente qué es lo que está en juego en las proclamas o debates que invocan el género para explicar o justificar sus posturas, pero también cómo se invoca y reinscribe la comprensión implícita del género. ¿Cuál es la relación entre las leyes sobre las mujeres y el poder del estado? ¿Por qué (y desde cuándo) han sido invisibles las mujeres como sujetos históricos, si sabemos que participaron en los grandes y pequeños acontecimientos de la historia humana? ¿Ha legitimado el género el surgimiento de las carreras profesionales?<sup>59</sup> Para citar el título de un artículo reciente de la feminista francesa Luce Irigaray, ¿tiene sexo lo que estudia la ciencia?<sup>60</sup> ¿Cuál es la relación entre la política de estado y el descubrimiento del crimen de la homosexualidad?<sup>61</sup> ¿Cómo han incorporado el género las instituciones sociales en sus supuestos y organizaciones? ¿Ha habido alguna vez conceptos genuinamente igualitarios de género sobre los cuales se proyectaron o construyeron los sistemas políticos?

La investigación sobre estos temas producirá una historia que dará nuevas perspectivas a viejos problemas (por ejemplo, cómo se impone la norma política o cuál es el impacto de la guerra sobre la sociedad), redefinirá viejos problemas con nuevas coordenadas (al introducir, por ejemplo, consideraciones sobre la familia y la sexualidad en el estudio de la economía o de la guerra),

<sup>59</sup> Véase, por ejemplo, Margaret Rossiter, *Women Scientist in America: Struggles and Strategies to 1914* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1982).

<sup>60</sup> Luce Irigaray, "Is the Subject of Science Sexed?", en: *Cultural Critique* 1 (otoño 1985): 73-88.

<sup>61</sup> Louis Crompton, *Byron and Greek Love: Homophobia in Nineteenth Century England* (Berkeley: University of California Press, 1985). Este tema también aparece en Jeffrey Weeks, *Sex, Politics and Society: The Regulation of Sexuality Since 1800* (Londres: Leyman, 1981).

hará visibles a las mujeres como participantes activas y creará una distancia analítica entre el lenguaje aparentemente estable del pasado y nuestra propia terminología. Además, esta nueva historia dejará abiertas posibilidades para pensar en las estrategias políticas feministas actuales y el (utópico) futuro, porque sugiere que el género debe redefinirse y reestructurarse junto con una visión de igualdad política y social que comprende no sólo el sexo, sino también la clase y la raza.